

LO PRIMERO, TRABAJAR



En diversas ocasiones hemos escrito que «el primer bien de una nación son sus habitantes». A mayor población, mayores posibilidades de progreso personal y societario. Un país densamente poblado, con un proceso de crecimiento demográfico, hace aumentar, merced al trabajo responsable y continuado, el producto nacional, el ahorro y la capitalización; en definitiva: el bienestar general.

Pero la población no es una riqueza absolutamente, sin condicionamientos. En los habitantes de una colectividad, hay que distinguir su número y su «calidad». Si el esfuerzo de todos y cada uno —aunque sea naturalmente diferente, en razón de sus diferentes posibilidades— se dirige en la misma dirección, el país progresa. Si, por el contrario, algunos sectores se empeñan en deshacer lo construido por otros, se entra en una peligrosa fase de regresión.

Una mínima solidaridad entre los hombres, las clases y las regiones —que no excluye la existencia de desajustes que han de ser dirimidos civiliza-

damente— es condición *sine qua non* para caminar hacia adelante en toda tarea colectiva. Condición que no se da en la sociedad española de nuestros días.

La historia de la postguerra mundial registra varios espectaculares «milagros»: el alemán, el japonés, el español, entre otros. Durante los últimos cuarenta años, España dió un desigualado estirón económico, a pesar de que después de la guerra civil nos pusimos a crear direcciones generales, en tanto que, por ejemplo, los alemanes, finalizada la contienda, se pusieron a trabajar.

Una prolongada paz social —en la que, por supuesto, no todo fue perfecto— coadyuvó a multiplicar la renta personal de los españoles y a situar nuestra patria en el décimo lugar entre las naciones industrializadas.

La desaparición del anterior Jefe de Estado —a quien la historia, todavía «verde» colocará en su momento en el lugar que le corresponda— alumbró para España un nuevo sistema político, refrendado mayoritariamente por el pueblo, basado en la participación democrática.

Pero junto a indiscutibles factores positivos, la democracia tiene una grave servidumbre: su elevado costo. Cada confrontación electoral, su preparación, la misma existencia de los partidos políticos, etc., consume un capítulo importante de energías nacionales que hay que compensar con una mayor productividad o bien dedicando a ello alguna parcela de nuestro bienestar. Desgraciadamente, hasta ahora, los españoles hemos hecho suicida y exactamente lo contrario: procurar vivir mejor, produciendo menos. Lo que podría constituir «el segundo milagro económico español», aunque lo cierto es que dicha actitud sitúa en grave trance no solo nuestro bienestar presente y futuro, sino la misma existencia de la democracia, que ha sido mal entendida por algunos.

Por todo esto, decimos NO a quienes por ligereza, revanchismo, comodidad o egoísmo ponen obstáculos injustificados al cumplimiento de ese deber sagrado de trabajar, sana y responsablemente, base indiscutible del progreso de cualquier nación.

P. P.